

entraron en ella? ¿ó pasaron al Sur y allí encontraron vasto campo donde diseminar su civilizacion de la que dan tan elevada idea los restos que se encuentran en Centro-América y Yucatán? Todo se un misterio sobre el cual ha echado el tiempo un velo impenetrable que no es dado á la mano del hombre, descorrer. ¡Por allí pasó una nacion poderosa, populosa, civilizada; pero pereció sin nombre! murió sin dejar señal ninguna de su existencia!

Sin embargo, parecia que estas conjeturas no ocupaban la mente de los conquistadores, pues no han dejado ni una sola línea relativa á aquellos monumentos cubiertos de canas por el tiempo; á pesar de que pasaron precisamente por enfrente de ellos, y acaso bajo su sombra misma. Pero los sufrimientos presentes no les permitian pensar en lo pasado; además de que la inesperada y peligrosa posicion en que se encontraron en aquel sitio, debe naturalmente haber apartado de su mente cualquiera otra idea, fuera de la de la preservacion.

Al comenzar á subir el ejército las montañas que dominan el valle de Otumba, vinieron los exploradores avanzados con la noticia de que del otro lado habia acampado un poderoso ejército que parecia estar en espera de que se aproximasen los españoles. Pronto vieron éstos confirmada la noticia por sus propios ojos, luego que doblaron la cresta de

las montañas y descubrieron al pié de ellas, un magnífico ejército que ocupaba todo el valle; siendo tantas las cotas de algodón de los guerreros, que parecia estar el campo cubierto de nieve.¹ Formábanle las tropas de las provincias de cerca de la capital, y principalmente las del populoso señorío de Tetzcoco, que se habian levantado á instancias de Cuitlahuatzin, el sucesor de Moteuczoma, y se habian reunido allí todas para disputar el paso á los españoles. Cada gefe principal estaba con los suyos bajo su bandera, y todos desplegaban orgullosamente la pompa y tosco esplendor de su equipo militar. En cuanto la vista podia alcanzar no se veia otra cosa mas que banderas que ondeaban, escudos, yelmos de caprichosa figura, bosques de lanzas relucientes, los refulgentes petos de los oficiales y las toscas mallas de algodón de los soldados, todo en completa confusion, y moviéndose en grandes masas, semejantes á las oleadas del Océano embravecido.² Espectáculo era aquel, capaz de desanimar al mas esforzado de los cristianos, causándoles aun mas desconsuelo el no poder llegar á la tierra hos-

1 "Y como iban vestidos de blanco, parecia el campo nevado." Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 13.

2 "Vistosa confusion," dice Solís, "de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores." (Conq., lib. 4, cap. 20.) Su descripcion descubre la mano de un gran artista, como ciertamente lo era. Pero no debiera haber puesto en manos de sus compatriotas armas de fuego, que no tuvieron en aquella vez.

pitalaria que tenían á la vista y donde debía terminar su fatigoso viage. Aun Cortés, al comparar aquel tremendo ejército que tenía á la vista, con sus propios tercios, estenuados por la enfermedad, el hambre y el cansancio, llegó á creer también que había llegado su última hora. ¹

Pero su corazón no decayó, y lejos de esto sacó fuerzas de lo afligido de su situación. No tenía que vacilar, porque tampoco le quedaba partido que elegir: no podía huir, no podía retirarse á la capital de donde había sido expulsado: debía, pues, avanzar, vencer á su enemigo, ó perecer. Aparejóse al instante para el combate, formó sus tropas en batalla, dándoles el mayor frente posible y protegiendo sus flancos con los únicos veinte ginetes que le habían quedado. Afortunadamente, no había permitido á los invalidos que subiesen á la grupa de los ginetes, con lo que los caballos no estaban muy estropeados. Finalmente, las tropas habían dormido dos noches en un mismo lugar, lo que les había recuperado un poco, si bien por otra parte, había dado tiempo al enemigo para reunir todas sus fuerzas.

Cortés previno á la caballería que arremetiera con las lanzas y que dirigiese los botes á la cara: á la infantería mandó que hiriese de filo y no de pun-

¹ "Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros días." Relac. Seg., pág. 148.

ta con sus espadas, y que procurase romper violentamente por entre los tercios aztecas; y á todos encargó que atacasen de preferencia á los oficiales y generales, porque conocia muy bien que de aquí dependia en gran parte el buen éxito del combate, pues la falta de subordinacion de los bárbaros les desconcertaba luego que se veian sujetos á otros gefes que los que habían acostumbrado obedecer.

Dirigió despues á las tropas unas cuantas palabras para animarlas, como acostumbraba hacerlo en vísperas de un combate. Recordóles las victorias que mil veces habían alcanzado en peleas tan desiguales como la que ahora iban á trabar; y les inculcó la superioridad de la ciencia y de la disciplina sobre el simple número. Díjoles que no había que tener en cuenta el número de los enemigos, si el brazo del Altísimo peleaba por los cristianos. Finalmente, les exhortaba á tener segura confianza en Aquel que les había sacado incólumes de tantos peligros, y que no podía permitir que muriesen á manos de infieles los que peleaban en defensa de la fé. Su alocucion fué breve, porque en los ojos de los soldados miró pintada esa resolucion decidida que hace inútiles las palabras. Animábales esa desesperacion estremada que vuelve á los débiles, fuertes, y á los cobardes, héroes. Así, despues de encomendarse fervorosamente á la proteccion de Cristo, la

Virgen y Santiago, condujo Cortés sus batallones, en derechura contra el enemigo. ¹

Solemne momento fué aquel en que los españoles bajaron las montañas con paso firme y continente sereno, y entraron en las llanuras para ser envueltos, á lo que parecia, por las inmensas oleadas de sus enemigos. Estos les salieron al encuentro con ímpetu, haciendo resonar las montañas con penetrantes ahullidos y arrojando nubes de saetas y piedras que por un instante oscurecieron [al luz del sol. Pero luego que se chocaron uno y otro ejército, se conoció la superioridad de los cristianos, pues sus adversarios retrocedieron y fueron puestos en el mayor desorden por la caballería; haciéndoles daño su misma multitud, porque las filas de dentro les empujaban hácia adelante, al mismo tiempo que la caballería enemiga les rechazaba. Venia tras ella la infanteria, á la cual dejaron un ancho campo los indios, que parece como que deseaban dejarla penetrar. Pero aquella retirada era para volver con mayor ímpetu á la carga sobre los cristianos, que reducidos á un puñado se vieron de repente envuel-

¹ Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 14. Bernal Diaz, Hist. de la conq., cap. 128. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12 cap. 27.

Cortés pudo haber dicho á sus soldados como Napoleon dijo á los suyos cuando la famosa batalla de los mamelucos: "Desde aquellas pirámides nos contemplan cuarenta siglos." Pero la situacion de los españoles era demasiado seria para poder pensar en rasgos teatrales.

tos por todas partes; y sin embargo, defendidos por sus largas espadas se mantuvieron firmes, como un islote; (para usar de la frase de un contemporáneo, ¹) contra el cual se estrellan en vano las mugientes olas que por todas partes lo combaten. La pugna de hombre á hombre era formidable. Los tlaxcaltecas y los españoles sacaron nuevas fuerzas; sos unos porque peleaban casi á la vista de sus montañas natales, y los otros, porque recordaban los horrores del sacrificio, que era la suerte de los cautivos. La caballería llenó cumplidamente su deber en aquel dia: en grupos de cuatro ó cinco cargaba y se introducía entre las filas enemigas y las dispersaba, y de esta manera daba á la infantería tiempo de recobrar su brío y su ímpetu. No quedó una sola lanza sin teñirse en sangre de infieles; pero entre todos se distinguió en aquel dia, el jóven Sandoval, que hizo proezas de temerario valor. Montado en un corcel que manejaba con singular destreza, se precipitaba en el momento menos pensado, en el punto donde mas reñida era la refriega, derribaba guerreros por todas partes ¹ se regocijaba con el peligro, como si fuera su elemento natural. ²

¹ Es la comparacion de que usa Sahagun. "Estaban los españoles como una isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes." (Ibid, ubi supra.) El venerable misionero habia sabido las circunstancias de la batalla, por varios que estuvieron en ella.

² El retrato que traza del jóven guerrero Tucapel el poeta

Pero todos aquellos hechos heróicos solo servían para engolfar á los españoles cada vez mas y mas en aquel mar de enemigos; siendo tan difícil abrirse paso por entre sus gruesos é interminables batallones, como abrírselo con la punta de las espadas por entre las montañas. Muchos tlaxcaltecas y varios españoles habian muerto, sin que hubiese ningun herido; Cortés mismo recibió otro nuevo tajo en la cabeza, y su caballo estaba tan destrozado, que tuvo que apearse de él y que tomar uno de los del bagaje, caballo fuerte y que le llevó en toda la jornada.¹ La batalla habia durado muchas horas: el sol habia llegado á la mediania de los cielos y calentaba las llanuras de Otompam con ardor insuperable. Los cristianos agobiados por el cansancio y debilitados por la pérdida de sangre, comenzaron á aflojar; mientras que los enemigos que recibían á

épico Ercilla, puede aplicarse sin violencia á Sandoval, cual lo pintan los cronistas españoles.

"Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos, grita, en desigual batalla:
Con piedras, palo, flecha, lanza, dardo,
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera."

Araucan, part. I, canto 8.

¹ Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 13.
"Este caballo arriero," dice Camargo, "le sirvió en la Conquista de México, y en la última guerra se lo mataron." Hist de Tlaxcallan, MS.

cada instante nuevos refuerzos, todavía peleaban con brio, y ademas, conociendo la debilidad de los españoles, redoblaban sus esfuerzos. Los caballos retrocedieron envueltos por el gentío de á pié; y los blancos, viendo que era inútil buscar un paso por las densas masas de indios que se habian agolpado á la retaguardia, comenzaron á entrar en algun desorden. El aspecto de la batalla iba dentro de breves momentos á volverse contra los cristianos: ya iba á decidirse de la suerte de aquella jornada, y todo parecía denotar que lo único que les quedaba era vender sus vidas lo mas caras que pudiesen.

En este momento crítico, Cortés cuyo ojo infatigable habia estado buscando inútilmente por el campo de batalla, un objeto que le ofreciese el medio de contener la ruina inminente de su ejército, apoyándose en los estribos logró divisar allá á lo lejos, y en medio de la multitud, á uno que por sus vestiduras y por su comitiva militar, le pareció ser el general que mandaba los ejércitos bárbaros. Cubria su pecho un vistosísimo peto de plumage y ondeaba sobre su cabeza un penacho de hermosas plumas sobre un crestón de oro y piedras preciosas: sobre su cabeza, atada á su espalda y entre los hombros se levantaba una asta-bandera dorada; que era el estroño distintivo que entre los aztecas denotaba al general. El cacique cuyo nombre era Cihuaca, venia en litera llevada en hombros de jóvenes que

por su porte y vestido demostraban pertenecer á la flor de la nobleza india, y que cercaban la litera como para guardar la persona del cacique y el sagrado emblema que traía. No bien había descubierto el ojo de águila de Cortés á aquel personaje, cuando su semblante brilló con el alborozo del triunfo: volvióse á los caballeros que le acompañaban, entre los cuales estaban Sandoval, Olid, Alvarado y Avila, y les dijo señalando al general indio: "aquel es nuestro blanco: seguidme y ayudadme." Arrojó su grito de guerra, y prendiendo las aceradas espuelas á su fatigado corcel, penetró por enmedio del grueso enemigo. Los bárbaros retrocedieron sorprendidos y azorados por la impetuosidad del ataque: á los que no atravesaba con su lanza, los derribaba con su corcel: seguíanle los caballeros, que pasaron con la furia del huracán; hacían conmovér las pesadas filas de su adversario; atropelleban en su paso con muertos y moribundos, y arrasaban con cuantos obstáculos se les oponían. En pocos momentos se encontraron en presencia del general indio. Cortés derribó á los que lo llevaban en hombros, acometió con la furia de un león, le atravesó con su lanza y le dejó tendido en el suelo. Un joven hidalgo, nombrado Juan Salamanca que había permanecido al lado de Cortés, desmontó á toda prisa y acabó de despachar al indio moribundo: le quitó la bandera y la llevó á su general que es á quien pertenecía

aquel glorioso trofeo.¹ Todo esto fué obra de un momento. La guardia del gefe indio, sobrecogida por lo súbito del ataque, hizo poca resistencia, echó á huir y comunicó su pánico terror al resto del ejército. La noticia funesta cundió en breves instantes por todo el campo de batalla. Los indios llenos de consternación ya solo pensaron en escapar. El número aumentaba la confusión y el ciego terror que les dominaba: atropellábanse ellos mismos al correr despavoridos, creyendo que á su espalda traían un enemigo.²

Los españoles y tlaxcaltecas no fueron omisos en recojer todo el fruto de aquel cambio feliz y maravilloso. El ansia de vengarse les hizo olvidarse de la fatiga, del hambre, de la sed, de las heridas. Perseguiéron al fugitivo enemigo, dándole muerte á

1 El emperador Carlos V, permitió después á este valiente hidalgo que usase este trofeo en su escudo de armas, en conmemoración de aquella hazaña. Bernal Diaz, cap. 128.

2 Todos los historiadores están contestes en alabar esta gloriosa proeza de Cortés, de quien dice Gomara, que con solo su brazo salvó de la ruina al ejército entero. Crónica, cap. 110. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 27. Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 128. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 13. Ixtlilxochilt, Hist. Chich., MS., cap. 89.

La breve y modesta noticia que el general da de la batalla, al emperador, forma un bello contraste con el estilo jactancioso de otros. "E con este trabajo fuimos mucha parte del dia, hasta que quiso Dios que murió una persona dellos que debía ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra." Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 148.

cada golpe y vengando con usura los desastres que habian padecido en los ensangrentados pantanos de México.¹ El alcance duró mucho tiempo, hasta que habiendo abandonado enteramente el campo los indios, y estando saciados de matanza los españoles, se volvieron á él, á recojer los despojos de la batalla. Grandes fueron estos, pues el campo estaba cubierto de cadáveres de los gefes, á quienes habian apuntado de preferencia los soldados castellanos, conforme á la prevencion de su comandante. Aquellos cadáveres ostentaban toda la magnificencia que acostumbraban los guerreros aztecas en los dias de batalla.² Luego que las tropas se habian indemnizado, hasta cierto punto, de las pasadas pérdidas, Cortés les reunió bajo las banderas, y despues pe tributar gracias al Señor de los Ejércitos, por aquel triunfo milagroso, prosiguió su camino. El sol iba declinando en los cielos, por lo que antes de que les envolviese la noche, procuraron llegar á un templo que estaba sobre una eminencia y allí

1 "Pues é nosotros," dice el intrépido capitán Diaz, "no nos dolian las heridas é ni teniamos hambre ni sed, sino que parecia que no habiamos labido ni pasado ningun mal trabajo. Seguimos la victoria hiriendo y matando. Pues nuestros amigos los de Tlaxcallan estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacianlo muy bien y esforzadamente." Hist. de la Conq., loc. cit.

2 **Ibid.**, ubi supra.

encontraron cómodo y seguro alojamiento donde pasar la noche.¹

Tal fué la célebre batalla de Otompan ú Otumba, como por corruptela le llaman los españoles. Dióse el 8 de Junio de 1520. Los escritores castellanos regulan que la fuerza de los indios era de 200,000 hombres, y su pérdida de 20,000. Los que admitan lo primero no deben dudar lo segundo.² Calcular esactamente el número de una multitud salvaje y desordenada es tan difícil como contar las areras de la playa ó las hojas de otoño. Sin embargo, esta victoria fué una de las mas señaladas que se han alcanzado en el Nuevo Mundo; no solo atendiendo á la desproporcion numérica de los dos ejércitos, sino á lo desigual de su condicion, pues los indios estaban en toda su fuerza, y los blancos estenuados por el cansancio, el hambre y los dilatados padecimientos,

1 El beligerante apóstol Santiago vino como lo tenia de costumbre, en su caballo blanco, en ayuda de los españoles; suceso que ellos perpetuaron erigiéndole una capilla allí cerca. (Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS.) Diaz, que en otras ocasiones habia dudado de su venida, la creyó indubitable ahora. (Ibid, ubi supra.) Segun el cronista tetzcocano, venia ayudado por la Santísima Virgen y el Apóstol San Pedro. (Hist. Chich., MS., cap. 39.) Voltaire ha hecho la siguiente observacion, que es verdaderamente delicada: "Los que han referido estos sucesos han querido engrandecerlos haciendo intervenir los milagros, con lo que, lo que hacen realmente es oscurecer la gloria de aquellos. El verdadero milagro fué la conducta de Cortés." Essai sur les moeurs, cap. 147.

2 Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 13. Oviedo, Hist. 2las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Gomara Crónica, cap. 110.

y carecian de cañones, armas de fuego y de todo el aparato bélico que ponía tanta pavora á los bárbaros; careciendo tambien hasta del terror que inspira un hombre victorioso. Pero tenian de su parte la disciplina, una resolucion desesperada y una confianza ciega en su gefe. Este triunfo prueba lo mismo que las victorias de los civilizados europeos, sobre las tribus bárbaras del Asia.

Sin embargo, no todo el buen éxito debe atribuirse á la superioridad de la disciplina y de la táctica, pues la batalla se habria perdido indefectiblemente, á no ser por la muerte del general indio: y aunque la eleccion de la víctima era obra del cálculo, fué obra de la casualidad que él se hubiese venido á las manos á los españoles. Este es, entre muchos, otro ejemplo de la parte que tiene la fortuna en el éxito de las operaciones militares. La estrella de Cortés era entonces propicia; de otra suerte, no habria sobrevivido ni un solo español para contar la angrienta catástrofe de Otumba.

CAPITULO II.

LLEGAN A TLAXCALLAN.—SON ACOGIDOS AMISTOSAMENTE.—DESCONTENTO DEL EJERCITO.—ZELOS DE LOS TLAXCALTECAS.—EMBAJADA DE MEXICO.

¶(1520.)

A la mañana siguiente dejó el ejército su campamento desde muy temprano: el enemigo no hizo tentativas para volver á emprender el ataque; una que otra partida de flecheros fué la que se presentó en la mañana á respetuosa distancia de los españoles, aunque algunas veces se acercaban á ellos lo bastante para molestarles con sus flechas.

En un terreno algo elevado descubrieron los españoles un manantial, presente algo raro en aquellas áridas regiones, y cuyo sitio recordaban con placer los españoles, por las frescas y copiosas aguas